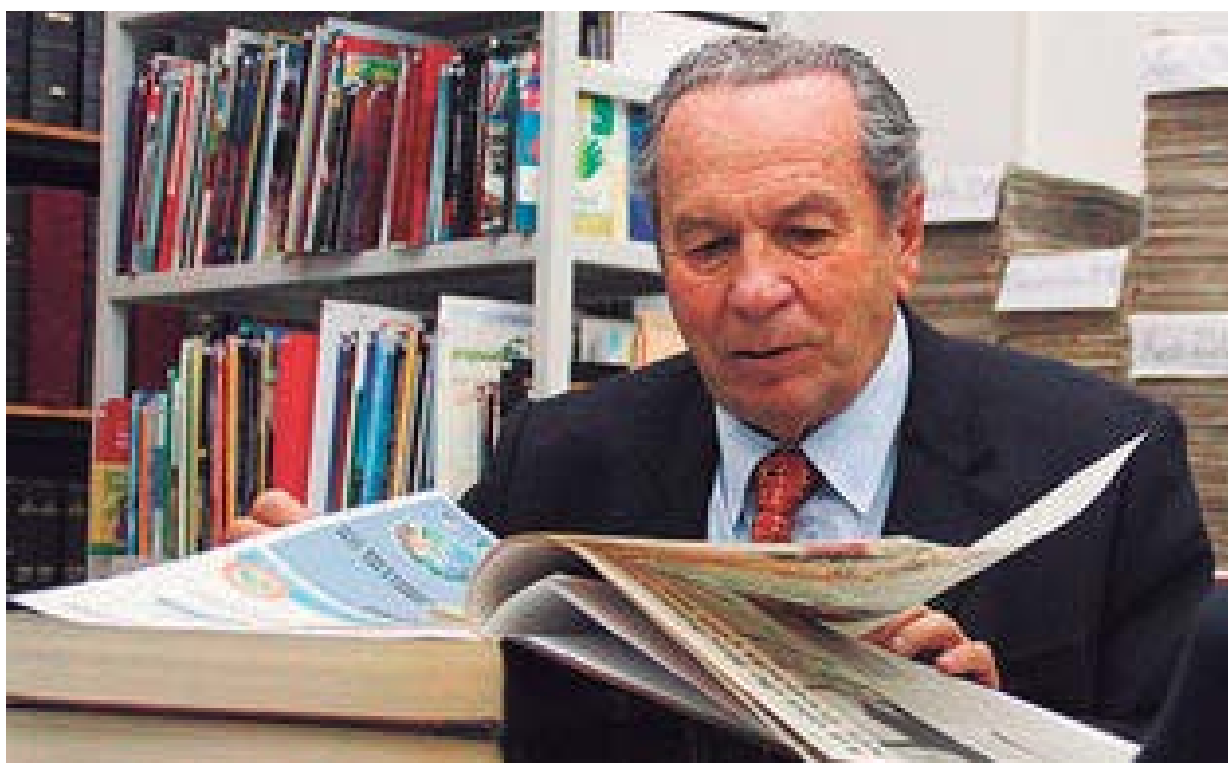


MARIANO BAPTISTA GUMUCIO: UN RECORRIDO POR BOLIVIA A TRAVÉS DE CRONISTAS Y VIAJEROS

Carla Nina López*

Pienso que es urgente recuperar la memoria histórica para preservar la unidad de Bolivia, y por eso considero que esta tarea en que estoy empeñado hace varios años, merece el esfuerzo. En estos tiempos de incertidumbre por el porvenir de la patria, abrigo la convicción de que estos libros puedan contribuir en algo a cimentar la unidad y fraternidad entre los departamentos, y la autoestima de quienes por encima de todas sus diferencias proclaman con orgullo su gentilicio de bolivianos.

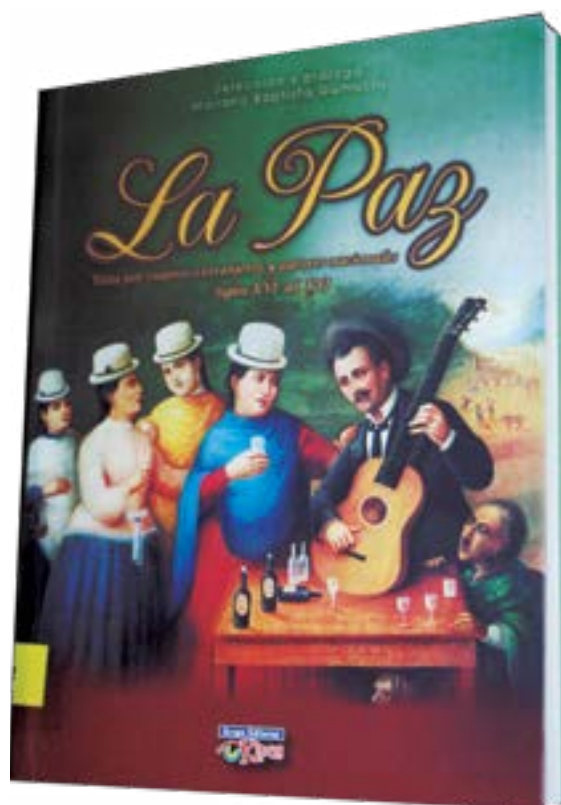
MARIANO BAPTISTA GUMUCIO



Historiador, ensayista, periodista y divulgador de la cultura boliviana. Abogado. Ministro de Educación y Cultura en tres oportunidades (1969-1970, 1979 y 1989-1991). Embajador en los Estados Unidos. Premio 'Pahlevi' de Alfabetización de la UNESCO. Premio 'Andrés Bello' por parte de

la Organización de Estados Americanos (1989). Premio Nacional de Cultura (1991). Presidente de la Academia Boliviana de la Lengua. Director de 'Última Hora' de La Paz. Productor de programas culturales en Televisión Boliviana. (*Diccionario Cultural Boliviano* de Elías Blanco Mamani. <http://>

* Biblioteca y Archivo Histórico de la Asamblea Legislativa Plurinacional
fabiola.nina@vicepresidencia.gob.bo

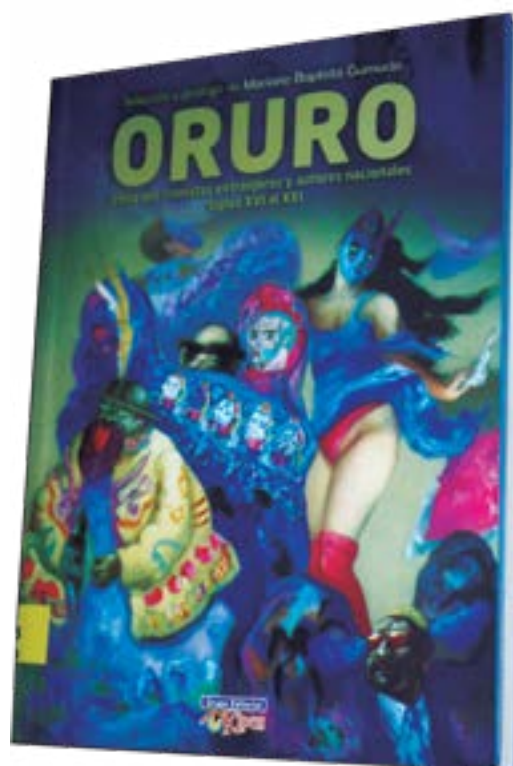


elias-blanco.blogspot.com/2010/08/mariano-baptista-gumucio.html)

Uno de los grandes intelectuales bolivianos nos presenta en esta oportunidad una colección de las ciudades bolivianas, vistas por viajeros y cronistas desde el siglo XVI hasta el XXI. Una enciclopedia que muestra la evolución de nuestras ciudades y departamentos desde su fundación. Invitamos a nuestros lectores a realizar este recorrido de la mano del autor de quien tomamos la presentación para cada volumen.

La Paz

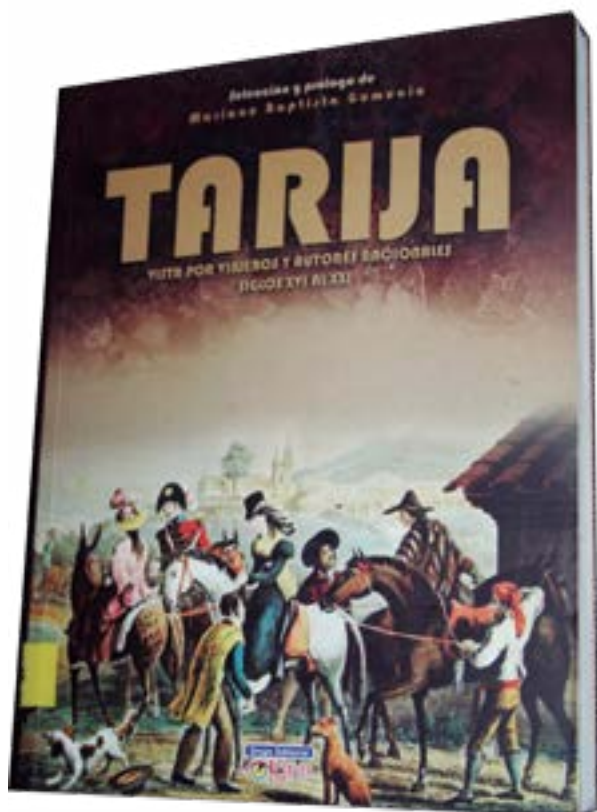
La ciudad de La Paz es un libro que recoge testimonios, afirma el autor, de quienes visitaron la ciudad en los diversos siglos de su existencia, así como las impresiones de los propios bolivianos y paceños. El conjunto refleja, de una manera amena y variada, la propia historia de la ciudad y los cambios que ha sufrido para bien y para mal. En forma unánime, todos los viajeros expresan asombro ante su originalidad, pues no hay una ciudad parecida en América tanto por su curiosa topografía como por la fuerte carta de sus ancestros indígenas. “La Paz es ciertamente una ciudad de una originalidad insospechada, señala



Roberto Prudencio Romecín: está como colgada en las montañas, y se apoya en los riscos para descender a los barrancos, al lecho de los torrentes que, de las nieves eternas, irrumpen los Yungas y las selvas. La Paz es ciudad de cumbres y ciudad de precipicios. Sus calles reptan arañando las alturas, como enredaderas de piedra, y descenden, como serpientes verdes, a los valles o los despeñaderos, pasando por rincones de poesía pastoril y, en veces, por paisajes lunares”.

Oruro

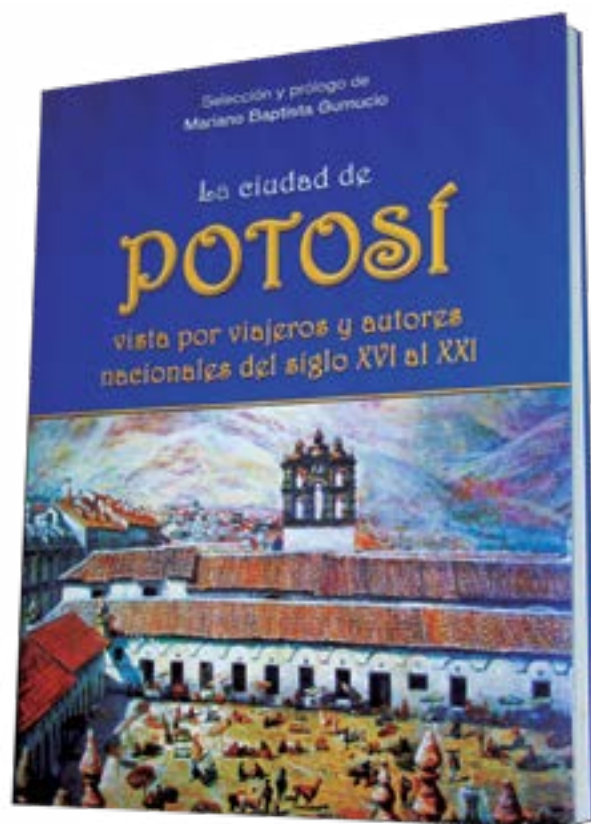
Ahí empiezan las diferencias que distinguieron a Oruro del resto de las ciudades fundadas por españoles, pues éstas corresponden al siglo XVI y fueron hechas por capitanes. La de Oruro en 1606 estuvo a cargo del licenciado Manuel de Castro Castillo y Padilla; las primeras se fundaron por efectos de la guerra civil entre españoles, como La Paz, o como murallas al constante asedio chiriguano al núcleo Charcas-La Plata, como Santa Cruz y Tarija. En el caso de Oruro, que pese a su población y el auge de sus minas todavía era un asiento minero, hubo un largo batallar jurídico de sus vecinos ante la Real Audiencia de Charcas para que ésta, suplantando las funciones del Virrey de Lima, que había fallecido, se



decidiera a oficializar la fundación. Quienes se aferran a la leyenda negra contra España, pierden toda la gama de hechos que demuestran que si bien hubo explotación, y despiadada, de parte de muchos conquistadores y encomenderos, hubo también otros que se distinguieron, como el caso de Lorenzo de Aldana, que amasó una gran fortuna, pero dejó a los indios de Paria sus cuatro hacienda de puna, con 50.000 cabezas de ganado ovino, otras varias propiedades en Cochabamba y recursos para mantener hospitales en Challacollo y Capinota, que atendieron a los indígenas.

Tarija

Concebida como una población de frontera que tuviera a raya a los pueblos indígenas, el valle por obra de sus habitantes se fue transformando y haciendo cada vez más acogedor. Tarija tiene un encanto que ha enamorado a los visitantes desde sus primeros años; no en vano Juan de Pino Manrique escribía en 1785: “Aquí necesitaba yo la pluma del arzobispado de Cambray para describir la serenidad y buen tele de aquel cielo, la hermosura y feracidad de los campos, lo abundante de sus aguas: bastara decir que entre



tantos reinos y provincias que he andado, no hallo tierra en ambas Américas que sea comparable a este país y solo el fértil reino de Granada tiene con él alguna semejanza. Allí se dan el trigo, el maíz y los demás frutos preciosos, el árbol que produce la hierba del Paraguay, la coca, el vino, el lirio, etc.”.

Potosí

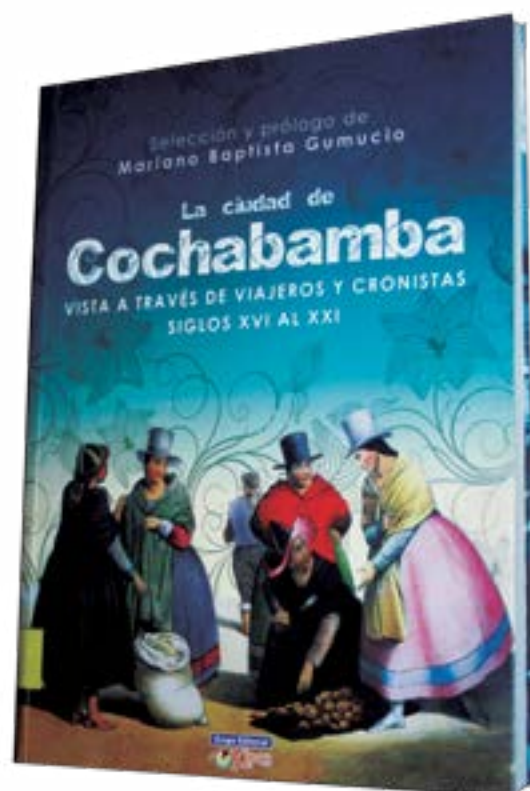
Cuenta una leyenda del incario que habiendo llegado Huayna Capac, uno de los soberanos esclarecidos que tuvo el Imperio, hasta las cercanías de la montaña conocida con el nombre de Sumac Orcko (Cerro Hermoso), en un recorrido por sus dominios no ocultó su asombro ante la imponente mole y ordenó su explotación con el fin de acrecentar los tesoros de los templos. Ni bien empezaron los nativos a trabajar los ricos filones de plata, llegó a sus oídos una estruendosa voz que decía “no saquen la plata de este cerro porque es para otros dueños”. Los españoles bautizaron el cerro y la ciudad que atropelladamente se formaría en sus faldas como Potosí y ese es el nombre que ha alcanzado difusión universal como sinónimo de extravagante riqueza. Cuando



llegaron los conquistadores, el cerro estaba cubierto de arbustos y matorrales espinosos. En las cumbres dominaba la paja brava, de color marrón y de múltiples usos, pues servía para alimento de llamas y alpacas y para techos y paredes. En las faldas florecían otras especies de plantas nativas, que se usaron ampliamente en la labor minera como combustible para los miles de guairas, hornos indígenas de fundición que en los primeros años de explotación iluminaban el cerro con sus luces, dándole un aspecto fascinante.

Pando y la Amazonia boliviana

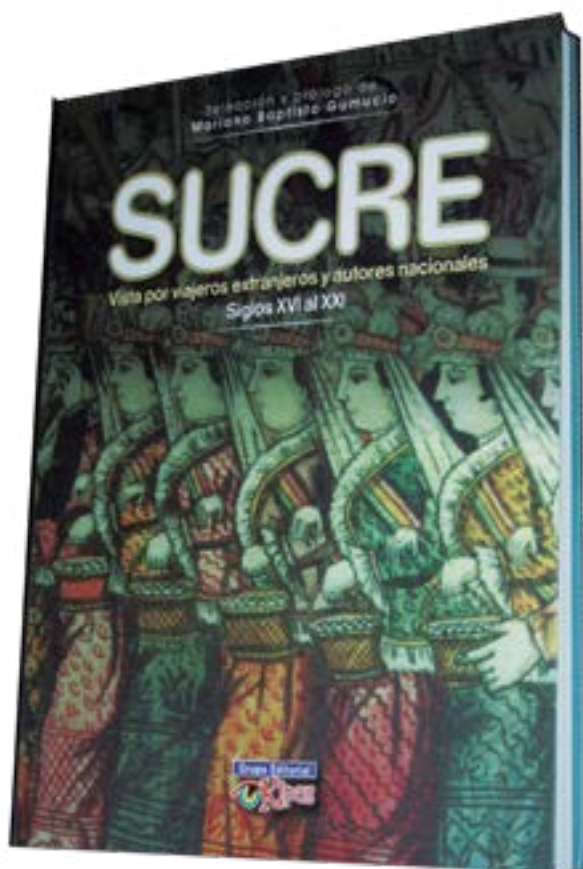
Este libro busca dar una idea precisa al lector a través de numerosos testimonios de quienes fueron los pioneros en el Acre, cuáles los intentos de Bolivia por establecer su soberanía en esa región, diversas facetas del conflicto que culminaría con el Tratado de Petrópolis de 1903, la explotación de la goma que significó un periodo de prosperidad para la República, pero que fue el mayor incentivo para el despojo que sufrimos después; las condiciones de vida y la organización administrativa de Cobija como capital del Departamento de Pando hasta nuestros



días. Esta es una historia de novela por el paisaje sobrecogedor de la selva, los grandes ríos y la lucha de los hombres por dominar a la naturaleza y hacer habitable esa tierra sembrada de peligros, pero pródiga de bienes y oportunidades.

La ciudad de Cochabamba

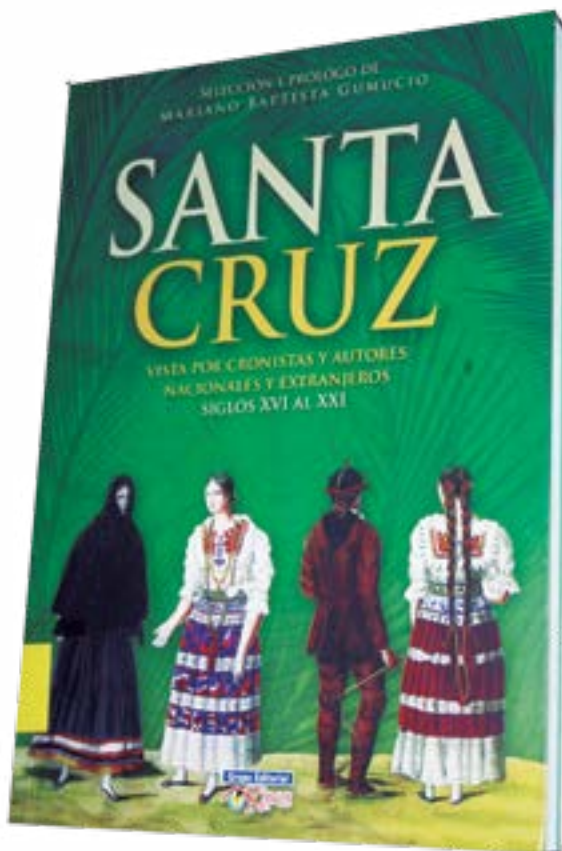
Cuarenta y cuatro décadas que labraron la personalidad del pueblo cochabambino, como parte indivisible del mosaico nacional. Los investigadores del paso y los observadores del presente cazaron leyendas y hurgaron en los viejos infolios y en la letra impresa nueva, para acumular los materiales con los cuales es posible conocer dicha personalidad. Aunque hay todavía épocas, sucesos y lugares que necesitan de un examen mayor, para iluminar su realidad por entero, lo evidente es que el perfil global y las líneas fundamentales de Cochabamba ya están dados. A la antigua usanza, el retrato de una colectividad debía ser naturalista, milimétrico hasta el detalle, pero para la cosmovisión de hoy basta destacar lo importante, el trazo que da valor auténtico e inteligible al sentido del quehacer humano. Para Cochabamba, como para



todo el país, dos son los elementos básicos que nos permiten descubrir el diseño de su silueta: la tierra, que nos da la acuarela de paisaje y nos acerca al tesoro escondido de los recursos naturales; y el hombre, ser social que transforma la tierra, que se afana y sufre por ella, cuando no la desperdicia.

Sucre

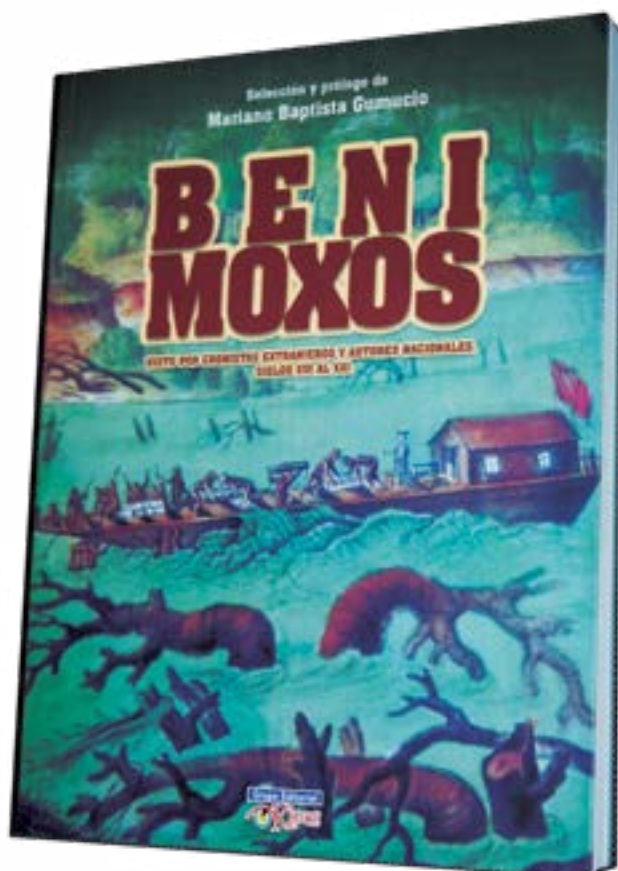
La ciudad de Sucre es un ameno recorrido de cuatro siglos y medio de historia de la actual capital de Bolivia. De la mano de Mariano Baptista Gumucio, a través de testimonios que han dejado cronistas, viajeros y autores republicanos, recoge en sus páginas los momentos estelares que ha vivido la ciudad de los cuatro nombres en sus más de cuatro siglos de existencia: las guerras civiles entre españoles, las pugnas con los virreinos de Lima y de Buenos Aires, y el desquiciamiento económico y político que produjo la incorporación de la Audiencia de Charcas al Virreinato del Río de la Plata a partir de 1776, sin olvidar la rivalidad permanente entre el Presidente y los propios Oidores: los levantamientos de mestizos e indígenas del siglo XVIII, el papel protagonista de Charcas en el proceso de autonomía, las



visitas de Goyeneche, la primera con guante de seda y la segunda con puño de hierro; la llegada de Sucre y de Bolívar, desde el Desaguadero, sin disparar un solo cartucho, pues los frutos de la libertad ya habían sido regados por la sangre de los guerrilleros criollos; la emergencia de los “caudillos bárbaros y letrados” en el siglo XIX, la Revolución Federal y el traslado de los poderes Ejecutivo y Legislativo a La Paz, provocado por la caída de la plata y la nueva hegemonía del estaño y la goma; las guerras del Pacífico, del Acre y del Chaco, la Revolución de 1952 y, en las últimas décadas, la creciente desazón de los sucrenses al no encontrar el sitio que les corresponde por sus blasones históricos y su contribución generosa a la historia de Bolivia en el nuevo ordenamiento económico y político de la nación.

Santa Cruz

Descubrimiento, pasión y encantamiento, son las palabras que bien pueden intentar describir lo que nos aguarda en este libro. Quizás, también, fue lo mismo que sintieron los cronistas y viajeros al conocer esta publicación en medio de la nada, pero con tantas particularidades humanas y tanta importancia en el desarrollo geopolítico



de Sudamérica, primero como para casi vaciar Asunción, después como detente para el avance paulista, luego para poblar y retener lo que nos queda del nordeste y ahora con su gravitación económica para Bolivia. Con seguridad, la compilación de páginas escogidas, realizada por Baptista Gumucio, es amplia e incluye textos poco conocidos, ofreciendo un conjunto fascinante y revelador, lo cual justamente le llevan a declarar en su introducción que este volumen sobre Santa Cruz es el que le ha causado mayores asombros y felices comprobaciones. Conviene advertir que el libro no se queda en el pasado e incluye textos

de análisis actuales, como para no ser solo álbum y pretende una mirada honrada a comienzos de otra centuria.

Beni - Moxos

Hay autores que comparan la mita del cerro de Potosí, cuyas entrañas se tragaron centenares, quizá miles, de mitayos con el éxodo forzado de los indígenas de tierras bajas a las barracas del Noroeste. “Fueron las poblaciones moxeñas, sin embargo –asienta Roger Becerra Casanovas– las que dieron los primeros elementos para la extracción de la preciosa resina y para su transporte a través de las trágicas cachuelas del Mamoré y del Madera, en cuyas márgenes descansan eternamente de sus fatigas, víctimas de la fiebre y de los naufragios, millares de indígenas benianos y cruceños. En esas largas travesías que demandaban hasta 15 días de bajada y de 60 a 100 de arribada, con sol abrasador, metidos los obreros en el agua durante las 24 horas del día, transbordando la carga en cada cachuela, de piedra en piedra, arrastrando las embarcaciones por tierra con la constante mortificación de los mosquitos, tábanos, polvorín, marigüí, etc., se desarrollaban las penurias y se aniquilaba el personal. Esto seres extraños aguardaban su paso para saltar sobre ellos, alevosamente, y clavarles su mortal aguijón para succionarles la sangre”. Como sucede siempre en el juego de la vida, que unos pierden y otros ganan, en esos años se produjo una diminuta “bella época” en el Beni, para los que tenían recursos e ingenio, quienes lograron establecer un pie en la Corte de St. James, abriendo en la city oficinas para comercializar el caucho. Esto representó viajes constantes de los jóvenes benianos a Londres e incluso algunos matrimonios, como se verá en este volumen.

Recepción: 1 de febrero de 2017

Aprobación: 15 de febrero de 2017

Publicación: Febrero de 2017